

huesos de los búfalos, de los cocodrilos y las tortugas que actualmente existen, y estaban acompañado también de despojos fósiles de antílopes y otros animales que encontramos en Africa sin ninguna modificación sensible. Aun no se ha descubierto ningún mineral calcáreo que contenga restos de animales marinos, cuya presencia probaría que esta parte del mundo ha estado, como las demás, abismada debajo del Océano. Así, desde la época de las rocas secundarias parece que el centro del Africa ha permanecido en sus actuales condiciones terrestres y lacustres; ni siquiera se advierte en ella vestigio alguno de esos depósitos groseros y superficiales formados por la acción y el derretimiento de las nevaras, ó los destrozados ocasionados por formidables torrentes que en otras partes bajaron en antiguos tiempos de las montañas elevadas.

»Por lo que respecta á los volcanes, exceptuando el Kilimandjaro, hoy apagado, todavía no se ha visto al Sur del Ecuador ni cráteres ni materias eruptivas. Esta conservación del antiguo estado del Africa central es un hecho único en geología; y no obstante, hoy es imposible no convenir en que desde su formación el Sur del Africa no ha experimentado ningún otro cambio que los que son la necesaria consecuencia de las influencias atmosféricas y geológicas. Si admitimos que las plantas de este vasto país y los animales de las especies inferiores que lo habitan han subsistido siempre idénticos, como la tierra que los ha alimentado, ¿deberemos deducir de esto que las razas humanas que allí conocemos se remontan á la misma antigüedad? El hecho es que en los fósiles traídos por MM. Kirk y Livingstone se han encontrado fragmentos de vasijas de barro; pero aun no se ha probado que unos y otros pertenezcan á la misma época. Carecemos, pues, respecto del Africa de esos eslabones que enlazan en Europa la arqueología con la geología. Finalmente, si alguna vez se logra demostrar que el negro se remonta á tan alta antigüedad, preciso será admitir al mismo tiempo que se ha mantenido inferior á las demás razas humanas, porque ha hecho en el camino de la civilización menos progresos que los habitantes de la Polinesia. Así es que nunca ha sabido hacer mas que matar y devorar al elefante, al paso que el asiático sabe servirse de él útilmente desde tiempo inmemorial.»

A fines de marzo, es decir, á fines de la estación seca en aquella latitud, bajábamos el Nilo, cuando vimos en un espacio descubierto, por haber sido quemados los cañaverales, un rebaño de algunos miles de antílopes, á los cuales cortaban la retirada muchos negros. Las hembras eran de color rojo-oscuro y carecían de cuernos, al paso que los machos los ostentaban muy grandes y tenían el pelo negro.

Como nunca había matado antílopes de esta clase, me hice poner en tierra con Richarn y Saat, y entré en caza. Primero maté dos machos, y despues, colocándome detrás de un hormiguero de 10 pies de alto, por delante del cual el rebaño desfilaba al galope, di muerte á otros dos machos y á una hembra. Entregué cuatro de aquellas hermosas piezas á los indígenas, reservándome tan solo las cabezas que llevé con la quinta á bordo. El animal era negro y un poco mayor que un asno; tenía una mancha blanca en el cuello, una corona, blanca también, en la parte superior de la cabeza, un círculo, blanco asimismo, al rededor de los ojos, y en fin, blanco el vientre; sus astas, graciosamente inclinadas hácia atrás, tenían de longitud 2 pies y 4 pulgadas.

Pocos dias despues llegamos á la confluencia del Bahr-el-Gazal, y encontramos una barra formada al través del Nilo, donde se habían perdido ya muchas embarcaciones. Hice echar el ancla á media milla delante de ella, y salí al encuentro del obstáculo. Era una inmensa acumulación de cañas y vegetaciones flotantes, de fondo muy sólido, y cuya superficie, de tres cuartos de milla de anchura, se cubría de cañas y altas yerbas. Faltábanos media jornada para salvar el canal que las embarcaciones habían practicado al subir el río, y dos jornadas enteras para pasar la barra sin accidente y á costa de un trabajo impropio.

No bien nos vimos en franquía, la peste se declaró á bordo, viéndose muchos de nuestros tripulantes acometidos de hemorragias de la nariz, precursoras de un fin fatal, tan próximo como inevitable. Saat, nuestro hijo adoptivo, el jóven negro que formaba una escepcion tan notable del carácter bárbaro de su raza, fue una de las primeras víctimas de aquella terrible enfermedad. Su piel se volvió amarilla, sus ojos se inyectaron de sangre; y cuando no era presa del delirio, estenuado y tendido sobre su estera, miraba afectuosamente á madama Baker, que le daba á beber agua con azúcar, único remedio que con los calomelanos, teníamos á nuestra disposición. Richarn se hizo digno de toda mi amistad, cuidándole con el mayor esmero. Al dia siguiente, Saat parecia mas aliviado, y le hice lavar y vestir con cuidado. Mi mujer le administraba de diez en diez minutos una cucharada de café con azúcar; no podía hablar, pero con la vista nos daba gracias, y al fin se quedó dormido. Karka, nuestra negra, le estendió las piernas y los brazos.—«¿Duerme aun?»—le preguntamos; y la pobre mujer nos contestó vertiendo lágrimas.—«¡Ha muerto!»—Hicimos detener el buque y abrimos una hoya en la playa arenosa. Saat había sido tan bueno y fiel, que hasta sus compañeros, de endurecido corazón, le respetaban y amaban á pesar de sus pocos años. Dímosle sepultura al pie de un

bosquecillo de árboles: dejaba aquella tierra de iniquidad en toda la pureza de un niño, y había vivido y muerto como un buen cristiano. La tumba de Johann Schmidt había señalado el principio de nuestro viaje: la de Saat señalaba el fin. Nuestra exploración había tenido por punto de partida y por punto de llegada el sepulcro de dos hombres honrados, de dos amigos.

El 5 de mayo entramos en Khartum, y al dia siguiente recibí la cruel noticia de la muerte de Speke, lo cual era para mí una nueva amargura. Siento la necesidad de repetir aquí que aunque el Nilo sale, en rigor hablando, del lago Alberto, no es menos cierto que el río llamado Somerset por Speke, y que sale del lago Victoria, es verdaderamente el principio del Nilo, el Alto Nilo, el Victoria, como se quiera designarlo, y que el lago Victoria es realmente el origen mas alto de ese gran río. El lago Alberto, aunque es el depósito general del curso del Nilo, solo es el segundo. A pesar de la teoría que rechaza los lagos como fuentes de los ríos, será probablemente imposible hallar entre las numerosas corrientes que allí otro origen al Nilo que los dos lagos Alberto y Victoria.

A nuestra llegada, la situación de Khartum era en extremo deplorable: el hambre devastaba el Sudan, y la epizootia no se limitaba á arrebatar los rebaños, sino que había también esterminado los camellos é interrumpido todo el tránsito. El Nilo Azul estaba tan bajo que se había hecho imposible su navegación, por lo que no se recibía ya ni trigo ni forrajes; nos veíamos, pues, presos de nuevo; y esta vez sin provisiones, en un ciudad desolada por el tifus.

Durante mi forzosa residencia en Khartum, hice detener á Mohamed Her, á quien acusaba de haber inducido á mi gente á la rebelión, así en Gondokoro como en el Latuka, en Latorné. Este era un ejemplo que necesitaba dar, y un castigo que esperaban los que se me habían mantenido fieles. Muchos testigos se presentaron á declarar contra el culpable. Osman-bey, á la sazón gobernador de Khartum, lo condenó á recibir algunos golpes con una penca de piel de hipopótamo en la planta de los pies, «por haber conspirado para que se malograra la expedición del viajero inglés.» Por humanidad conseguí que el castigo se limitase á ciento cincuenta golpes.

Por último, al cabo de dos meses de ansiedad, el 1.º de julio de 1865 nos hallamos en disposición de salir de Khartum, y aunque á punto estuvimos de perdernos en una catarata, nuestra navegación fue feliz hasta Berber, donde recibimos la mas cordial hospitalidad de M. y Mad. Laffargue, franceses establecidos desde muchos años antes en el Sudan. Esta ocasión debe servirme para expresar públicamente la profunda gratitud que les debo por las atenciones que me dispensaron en aquellos lejanos

países: atenciones que tenían todo el encanto de una de esas flores que brotan de improviso en las arenas del desierto; deseo que todo francés que se encuentre lejos de su hermosa patria, reciba, por reciprocidad de afecto, igual acogida por parte de los hijos de la Gran-Bretaña.

En Berber nos pareció conveniente evitar la travesía del desierto de Korosko, durante los calores de agosto, y tomamos el partido de dirigirnos á Suakim para embarcarnos allí. El viaje se verificó sin obstáculo, á no ser una batalla en que fue nuestra la victoria, contra unos árabes que se obstinaban en expulsarnos de la sombra de un árbol, á la cual todo viajero tiene derecho. Con este motivo tuvimos ocasión de admirar el arrojo que desplegó la mujer de Richarn, porque este fiel servidor mio se había casado poco antes con una negra de la tribu guerrera de los Dinkas. Lanzóse en medio de la refriega, y peleó como héroe.

Las montañas de la cadena arábiga, á lo largo del mar Rojo, nos parecieron muy hermosas, á causa de sus enormes masas de granito rojo y pardo, ó de pórfido rojo y verde, así como de sus ramificaciones basálticas, tan numerosas y negras que durante un dia entero pudimos creer que vagábamos por un desierto cubierto de carbon de piedra.

El dia vigésimocuarto de nuestra partida de Berber, al salir de un desfiladero que nos había llevado por la cima de las montañas, divisamos súbitamente el mar Rojo, y bajando lo mas pronto posible, entramos al dia siguiente en Suakim. La posición de esta plaza es de las mas ventajosas, y si comunicase directamente con Suez, adquiriría en breve gran importancia, puesto que se convertiría en depósito de todo el comercio del Sudan con la Arabia. Por desgracia está lejos de ser así, porque allí permanecemos quince dias esperando la llegada de un vapor; al fin columbramos uno que traía tropas egipcias, y que despues de llenar su cometido, se disponía á regresar inmediatamente á Suez. Recibíonos á bordo, y en cinco dias nos desembarcó en dicha ciudad, donde al fin volvimos á hallarnos en una fonda inglesa, y saboreamos con delicia aquel *pate ale* y aquellos biftecks que durante tanto tiempo habían sido objeto de nuestros deseos.

¿Qué paraíso terrenal podía ser superior para nosotros, en aquellos momentos, á una fonda europea? La de que se trata estaba llena de viajeros que se trasladaban á la India, de muchos ingleses y de inglesas encantadoras. Debo confesar, no obstante, que éstas nos sorprendieron por las masas de cabello que llevaban formando gruesos moños detrás de la cabeza, pues nunca había visto semejante exuberancia del sistema cabelludo entre mis compatriotas del bello sexo. Esta moda imitaba fielmente el peinado de las ne-





Baile guerrero de los Obbos.

gras del Lira, y Richarn se maravilló de tal suerte al verla, que acordándose de la costumbre de aquella tribu, de aumentar el espesor de sus cabellos con los de sus amigos difuntos, me dijo con la mayor sencillez:—«Las inglesas son muy hermosas y tienen un magnífico cabello; pero no hacen como esos negros

salvajes que se ponen en la cabeza un pelo que no les pertenece.—Sí, Richarn, le repliqué, ese pelo es suyo.»—Su peluquero, á quien sin duda habrían pagado á buen precio sus postizos, no me hubiera desmentido.

Procuré á Richarn y á su mujer un buen cargo



Peinados de los Obbos.

en la hermosa fonda de Sheppard, establecida en el Cairo; debiendo decir por conclusion que al separarme de aquellos mis leales servidores y mis últimos compañeros de viaje, sentí que el corazon se me oprimia de pena y tristeza. Luego, al verme frente á frente de mi esposa en un wagon del ferro-carril, sin que nada me trajese ya á la memoria la vida salvaje, lo pasado me parecia un vago ensueño, y casi me

sentia inclinado á preguntarme si en realidad habia visto el lago Alberto y las fuentes del antiguo Nilo; pero allí, á mi vista, tenia á mi mejor testigo, á mi fiel compañera, que nunca me habia abandonado, y cuyo valor habia sido toda mi fuerza; y esto de tal manera, que despues de Dios, á ella especialmente era deudor del próspero éxito de mi empresa.